

Críticas

CIEN AÑOS DE NACIONALISMO VASCO

Los aniversarios de acontecimientos históricos constituyen habitualmente un buen negocio para los libreros. Cuando de repente políticos que en su vida no han leído ni un libro de historia hablan como si de fieles discípulos de Ranke se tratara, o cuando los periodistas rompen su trabajo rutinario e introducen reiteradamente desconcertantes referencias históricas en sus reportajes sobre la política diaria, entonces ya no hay dudas: el terreno está abonado para lanzar al mercado todo tipo de productos impresos relacionados con los más variados aspectos del aniversario histórico que se está celebrando. La generalmente maltratada comunidad de historiadores suele aprovechar esas situaciones de bonanza coyuntural para dar a conocer los frutos de su trabajo a sabiendas de que el que no se sube al tren del aniversario muchas veces tendrá que esperar al siguiente, por lo menos cincuenta años después, si no quiere recurrir a la autoedición. Pero, afortunadamente, este cíclico rebrote de la memoria histórica colectiva no mejora únicamente la contabilidad de la industria editorial. En muchos casos produce también un notable avance en nuestro conocimiento histórico. Se podrían mencionar muchos ejemplos para comprobar esta tesis, empezando con la celebración del bicentenario de la Revolución Francesa, pasando por la avalancha bibliográfica en torno al cincuentenario de la Guerra Civil española, hasta llegar a la fecunda producción histórica sobre las diferentes formas

de resistencia que han invadido los escaparates de las librerías alemanas al hilo del cincuentenario del fallido atentado contra Hitler.

Sin embargo, y como no puede ser de otra forma, en Euskadi las cosas son diferentes. Este año se celebra el centenario de la fundación del Partido Nacionalista Vasco, que es, después del PSOE, el partido político más antiguo aún operante en el marco del sistema de partidos políticos del Estado español: ¡todo un acontecimiento! Volviendo al párrafo anterior, **empero**, no creo que la respuesta bibliográfica de los últimos meses haya estado a la altura de las circunstancias. A pesar de los suplementos específicos que casi todos los diarios de ámbito vasco han presentado, en líneas generales se puede afirmar que se ha publicado más bien poco, si bien entre este poco se encuentren algunas aportaciones de indudable, a veces extraordinaria, calidad. Para empezar con la ausencia quizá más notoria: ¿Cómo se puede explicar que después de cien años el lector interesado no cuente todavía con una obra compacta y coherente sobre las diferentes etapas de la historia del nacionalismo vasco, una obra que corrija los errores de Payne y no se deje arrastrar por la tentación, tan extendida entre muchos *expertos* en nacionalismo vasco, de convertir lo escrito en un catecismo para el creyente antinacionalista o pronacionalista? Da la impresión de que los mismos responsables del PNV se han dado cuenta de este realmente escandaloso déficit y su reciente decisión de encargar a un grupo de historiadores profesionales independientes la elaboración, con el debido rigor científico y la necesaria amplitud de miras, de una obra que pueda llenar este vacío es una señal positiva. Habrá que ver si la prometida completa libertad que se les ha garantizado a los miembros del grupo de trabajo a lo largo de los próximos meses (años) se convierte en realidad y consigue romper así con una tradición de oscurantismo e instrumentalización de la historia con fines partidistas que no es ajena a la historia del nacionalismo vasco.

Este último aspecto constituye precisamente el tema tratado en dos apartados del libro que José Luis de la Granja ha publicado a raíz del centenario peneuvista (capítulo 2: «Sabino Arana: La Invencción de la Historia Vasca»; capítulo 6: «Los Estudios sobre el Nacionalismo Vasco: de la Hagiografía a la Historiografía») ¹. Muy en la línea de Hobsbawm, aplicado al caso vasco con maestría por Jon Jua-

¹ GRANJA SAINZ, José Luis, *El nacionalismo vasco; un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 1995.

Críticas

risti entre otros, Granja reconstruye con un estilo fluido y siguiendo una línea argumental clara y precisa la manipulación de la historia por parte del fundador del nacionalismo, pero también por parte de sus futuros contrincantes del campo político opuesto. La creación del *mito fundacional* y el retorno a la perdida *edad de oro* es un elemento consustancial y esencial no sólo para el nacionalismo de Sabino Arana, sino para todos los nacionalismos. Basándose en una evaluación crítica de un amplio abanico de fuentes, Granja revela el papel crucial que la historia tuvo para el primer Sabino Arana, 10 que curiosamente cambió a partir de su elección como Diputado Provincial de Bizkaia en 1898. El *segundo* Sabino Arana, más pragmático, moderado y para algunos incluso españolista, abandonó casi por completo su interés histórico. En otras palabras, su evolución política hacia la *Realpolitik* no se reflejó en una revisión de sus primeros postulados históricos, lo que abrió la puerta a la prolongación de la *mitificación* histórica por parte de sus seguidores. Sin embargo, esta sugerente y bien fundamentada tesis plantea una serie de interrogantes cuando se eleva a un nivel más abstracto y genérico. ¿Podemos realmente afirmar tan categóricamente, tal y como lo hace el autor (p. 51), que la invención e instrumentalización de la historia es una característica que distingue a los nacionalismos «de la mayoría de los movimientos políticos, que no hacen de la historia un factor básico de su doctrina»? Existen opiniones de peso, como la de Furet, por sólo mencionar la más reciente, que aplican este mismo esquema interpretativo a otros movimientos políticos y sociales no nacionalistas. Pero esta discusión rompería el marco de este excelente libro que contiene otros cuatro artículos sobre la historia del nacionalismo vasco, algunos inéditos, otros anteriormente publicados y revisados para esta edición conjunta.

Si el interés de Granja abarca principalmente los períodos históricos previos a la Guerra Civil, los tres tomos sobre la *Historia del Nacionalismo Vasco y de ETA* que ha presentado F. Letamendia se centran en el franquismo, la transición y la democracia posterior². La base de este trabajo la constituye su tesis doctoral, leída en 1991 en la Universidad de París VIII, añadiéndose en esta ocasión unos capítulos que alargan la exposición de los hechos hasta finales de 1992

² LETAMENDIA BELZUNCE, Francisco, *Historia del nacionalismo y de ETA*, 3 vols., H+B Ediciones, San Sebastián, 1994.

y sobrepasan, por tanto, también el marco histórico objeto de análisis de su reciente publicación con carácter enciclopédico³. A pesar de la conocida dificultad que entraña el hecho de que el analista forme también parte destacada del objeto analizado, lo que, pese a todas las intenciones de objetivización, necesariamente conlleva una alta dosis de parcialidad y, por tanto, requiere al lector una especial atención crítica durante el proceso de lectura, Letamendia ha presentado una obra de indudable interés. Su mayor virtud consiste en desentrañar para el no-experto esta mareante red de partidos, sindicatos, asociaciones, escisiones, etc., del mundo político de la izquierda radical-nacionalista vasca durante los últimos años del franquismo, la transición y la democracia. El lector, con la necesaria paciencia para afrontar cada una de las casi 1.500 páginas de la obra –tarea nada fácil por esta peculiar mezcla de estilo detallista, demasiado épico y cronológico, por una parte, y de complicada, abstracta jerga sociológica–, comprenderá seguramente mejor algunas de las claves de la evolución del autodenominado *Movimiento de Liberación Nacional Vasco* (MLNV) y de las múltiples organizaciones e iniciativas que lo constituyen, lo que no es poco.

Ahora bien, no se pueden silenciar algunas deficiencias que contribuyen seriamente a rebajar el valor del libro. En primer lugar, propondría al lector prescindir de las primeras 200 páginas de introducción histórica, porque hay demasiados errores, imprecisiones y lugares comunes como para alcanzar un nivel de aceptación mínimo. He aquí sólo algunos ejemplos de los capítulos sobre la Restauración: Ramón de la Sota y Llano nunca fue presidente del BBB, contrariamente a lo que se afirma (I, 154); el supuesto predominio en el sindicato nacionalista ELA-SOV de los «dependientes de comercios, bancos e industrias sobre los obreros manuales» (I, 158) es una leyenda; Balparda escribe su libro sobre *Los errores del nacionalismo vasco* no en 1908, sino diez años más tarde (I, 158); Luis Arana no vuelve en 1917 «a las filas de Comunión» y, por tanto, tampoco puede acentuar su radicalización (I, 160) (lo contrario sería correcto: entre 1917 y 1919 la Comunión Nacionalista vive una fase de hasta entonces desconocida moderación política); ¿cómo hay que entender la afirma-

3: LETAMENDIA, F., *Euskadi, Pueblo y Nación. Nacionalismo radical vasco, 19.50-1982. Formaciones políticas y organizaciones armadas*, 8 vols., Krisclu, San Sebastián, 1991.

ción, que se nos presenta sin comentarios, de que en 1917 «en Cataluña, la burguesía industrial regeneracionista encabezada por la Lliga intenta sin éxito realizar la revolución burguesa»? (*ibid.*); el fracaso de la campaña autonómica entre 1917 y 1919 no desencadena la «aproximación de la Comunión a la derecha española» (I, 163), sino todo lo contrario: una fase de agudos conflictos entre nacionalistas vascos y monárquicos; *Kizkitza* (= Engracio de Aranzadi) nunca es elegido Diputado a Cortes, se le confunde con el navarro Manuel de Aranzadi (*ibid.*); el PNV aberriano no se funda en noviembre de 1922, sino en septiembre de 1921, y su presidente no es *Kondaño* (= seudónimo de Angel Zabala), sino Luis Arana (I, 165), etc., etc. Letamendia no es historiador, pero un mínimo esfuerzo de ponerse al día respecto a la bibliografía especializada aparecida después de la finalización de su tesis doctoral a buen seguro hubiera evitado gran parte de estos errores. Este esfuerzo evidentemente no se ha podido realizar y el sorprendido lector incluso ve citadas como tesis doctorales inéditas libros publicados hace ya muchos años (la de Larronde en 1977, Y la de Granja en 1986) Y convertidos ya en *clásicos* de la historiografía del nacionalismo vasco.

En segundo lugar, y sin entrar en argumentos políticos o éticos que en muchos lectores puede suscitar su lenguaje aséptico cuando se habla, por ejemplo, reiteradamente de la «violencia de las organizaciones armadas vascas», de que ETA «ha dado muerte a», de ETA como «grupo-Estado armado» o del MLNV como «comunidad anti-represiva», muchos de los conceptos utilizados por el autor son más que discutibles. Un ejemplo: incluso si aceptáramos la argumentación con la que Letamendia pretende descalificar la utilización del término *terrorismo* para ETA, defendiendo el de *lucha armada*, esta tesis no funciona del todo. Para Letamendia, basándose en Wiewiorka, un etarra no es homologable a un terrorista por su contacto continuo con la comunidad o las causas «en cuyo nombre actúa» (111,334). Los comandos *legales* viven plenamente integrados en la sociedad, los presos mantienen relaciones fluidas con el exterior mediante los abogados, las Gestoras o los familiares y los refugiados en la parte francesa tampoco no han roto con la «colectividad de la que se reclaman». ¿Qué pasa entonces con los miembros de los comandos *ilegales*, fichados por la policía, que no tienen residencia en el otro lado de la frontera y viven en la clandestinidad? Y además: ¿cómo opera empíricamente esa separación del activista armado de su con-

torno social y de su caída en el «reino de la sospecha, de la autodestrucción y de la pérdida del sentido», lo que para Letamendia convierte al *activista armado* en *terrorista*? ¿Cuál es la entidad de referencia de esta «colectividad» con la que el activista no debe romper a fin de no caer en la desgracia de ser un mero terrorista: la dirección de su grupo armado, su cuadrilla de amigos, los 15 por 100 de votos de Herri Batasuna, el Pueblo Vasco? Las recientes movilizaciones pacifistas en Euskadi y la voluntad de la abrumadora mayoría de sus ciudadanos expresada reiteradamente en las urnas son la mejor prueba de esa clara separación entre el etarra y su pueblo, de esa «pérdida del sentido» de la lucha armada en unas circunstancias que permiten otras posibilidades de articulación política. Eso sí, a estas alturas del escándalo GAL tengo la impresión de que la valoración que hace Letamendia del terrorismo de Estado como agente legitimador del otro terrorismo no puede ser más acertada. No cabe duda de que los responsables de los CAL han borrado de un plumazo una parte importante de la labor realizada por los movimientos pacifistas en el País Vasco durante los últimos años, un pacifismo que, por cierto, no aparece en el libro de Letamendia.

Este trabajo deja una impresión desconcertante al tratarse de una obra interesante, sugerente y de gran actualidad, pero a la vez deficiente y –a pesar de la postura de crítica solidaria ejercida por su autor en el mundo del MLNV– viciada por una terminología y unos conceptos poco aptos para un análisis desapasionado de la temática tratada. Una nota final: la reproducción literal, aunque sea en inglés y con el recorte de algunos párrafos, de pasajes de los tomos I y III, publicada recientemente en las actas del Congreso *Nationalism in Europe. Past and Present*, sin que esta reproducción conste en ninguno de los dos libros, va en contra de todas las normas académicas y puede suscitar el enfado de más de un paciente lector que después de varias horas de lectura se percatara de que todas y cada una de las palabras leídas ya las ha leído antes, sólo que en otro idioma. Granja hace constar que la base de su capítulo 2 es la ponencia ahora publicada del mencionado Congreso. Las aportaciones de Ugalde sobre la relación entre género y nacionalismo vasco, las de Pablo y Mees acerca del nacionalismo vasco como movimiento social, así como la de Ibarra sobre el discurso del nacionalismo vasco radical actual, son nuevas e inéditas 4.

4 BERAMENDI, Justo C.; MAIZ, Hamón, y NIÑEZ, Xosé M. (eds.), *Nationalism in*

Tan recomendable como los diferentes artículos de estas actas es para el lector sin tiempo y con ganas de acercarse en pocas horas a la historia del nacionalismo vasco en general, así como a la de ETA en particular, la lectura de los dos números monográficos de las revistas *Muga* y *L'Avenç*⁵, del libro colectivo de inmediata publicación por la Fundación Sancho El Sabio a raíz del centenario⁶, mientras que en las 155 páginas del ensayo presentado por Reboredo Olivenza⁷ encontrará –al lado de algunas ideas interesantes y errores lamentables, pero sin mayor trascendencia (otra vez problemas con los Aranzadi: aquí –pp. 34, 38, 41– *Engracio* se convierte en *Claudio*)– muchos juicios de valor perfectamente legítimos, pero, en su a veces tosca rotundidad (curiosamente hay muchos más matices en las *Conclusiones* que a lo largo del texto), a menudo más deudores de una moda intelectual que frutos de una reflexión histórica. Argumentar con Víctor Pradera, si bien con un cierto distanciamiento («Aun no coincidiendo plenamente con Víctor Pradera...», p.84), contra el primer nacionalismo vasco y sus «grandes pecados»: el «separatismo» y el «centralismo», nos trae inevitablemente el recuerdo de los tiempos más funestos de la reciente historia contemporánea de España, aunque ésta probablemente no sea la intención del autor. Calificar sin más al «nacionalismo vasco primigenio» como «racista», «reaccionario», una «concepción mítica» (p. 114), Y constatar que no tiene «nada de democrático» (p. 22), constituye, en el mejor de los casos, una lectura muy unidimensional de la historia, que desgraciadamente no siempre suele funcionar conforme a estos rígidos parámetros de blanco y negro. El primer nacionalismo vasco no fue sólo

Europe. Past and Present, 2 vols., Universidad de Santiago de Compostela, 1994. Véase, en relación con el texto, las colaboraciones de F. LETAMENDIA [«On nationalism in situations of conflict (reflections from the Basque case)», vol. 1, pp. 247-275], M. UGALDE («Apuntes sobre el género como categoría de análisis para la historia del nacionalismo», vol. 1, pp. 352-380), J. L. de la GRANIA («La invención de la historia. Nación, mitos e historia en el pensamiento del fundador del nacionalismo vasco», vol. II, pp. 97-139), S. DE PABLO y L. MEES [«Historia social del nacionalismo vasco (1876-1937). Teoría y práctica de un movimiento social interclasista», vol. II, pp. 247-274] Y P. IBAHRA GÜELI. («The evolution of radical Basque nationalism: changing discourse patterns», vol. II, pp. 413-445).

⁵ *Muga*, núm. 93, septiembre de 1995; *L'Avenç*, núm. 191, abril de 1995.

⁶ DE PABLO, Santiago (ed.). *Los nacionalistas. Historia del nacionalismo vasco, 1876-1960*, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria, 1995.

⁷ REBOREDO OLIVENZA, José Daniel, *El primer nacionalismo vasco o la Arcadia feliz*, Vitoria, 1995.

blanco, como no fue sólo negro, sino que es precisamente la mezcla entre uno y otro, la cabeza de Jano, la que caracteriza su historia. El nacionalismo de Arana y sus seguidores, que por cierto no se puede reducir a motivos económicos (p. 22), tiene evidentes ingredientes antidemocráticos e incluso racistas, pero asimismo hizo indudables aportaciones a la democratización de la sociedad vasca y española: por su lucha contra la dominación caciquil, su fomento de la participación política popular en una sociedad controlada por una reducida élite política y social, por su éxito en construir un partido político que rompía con la tradicional política de notables y establecía unos mecanismos de control interno democráticos, o también por su defensa (claro que sí, también instrumentalizada y partidista) de los derechos lingüísticos de una parte sustancial de la población.

Rehuyendo los contrastes del blanco y negro, sin por ello refugiarse en el simple relato historicista de los acontecimientos «tal y como ocurrieron», así ha escrito el politólogo norteamericano James E. Jacob su reciente libro sobre el nacionalismo vasco en Francia.⁸ Este libro es una de las más gratas sorpresas de la producción bibliográfica del centenario, pese a que algunas de sus partes ya se habían publicado previamente. Basándose en los resultados del ya clásico *Peasants into Frenehmen* de Eugen Weber, entre otros, Jacob analiza a lo largo de la historia reciente francesa a partir de la Revolución lo que él llama «Basque political resistance to the processes of state and nation building in France» (p. XVII). Tal y como ocurrió en otras partes de Francia, también los territorios vascos predominantemente agrarios, conservadores y clericales se opusieron al proceso de *nation-building* desde unas posturas de particularismo vasco, o lo que Jacob descubre ya en las aportaciones vascas a los *Cahiers des Docteurs*, un «protonacionalistic ethnic pride occasionally expressed as a belief in the nobility of the Basques» (p. 8). Inicialmente, este particularismo se agrupa y se exterioriza en torno a las élites de la Iglesia Católica, lo que va a convertir las zonas vascas durante la III República «in a defensive bastion of conservative clericalism in the anticlerical and radical policy climate of the new republic» (p. 40). El definitivo debilitamiento de la Iglesia como consecuencia de la separación Iglesia-Estado y otras medidas administrativas centralistas no

⁸ JACOB, James E., *Hills Of Conflict. Basque Nationalism in France*, University of Nevada Press, Reno, 1994.

consiguieron acabar del todo con el particularismo, que tras una fase de irritación y debilidad renació años después de la Primera Guerra Mundial en forma de movimiento *EuskaLerrista* liderado por Pierre Lafitte, tal y como queda patente también en el libro presentado por Larronde⁹ acentuándose, al lado del tradicional clericalismo, cada vez más la reivindicación regionalista vasca. Este movimiento se confiesa anti-jacobino, anti-centralista y anti-izquierda, y en su órgano incluso no faltan artículos con tendencia antisemita tras la victoria electoral de L. Blum. Hasta la Guerra Civil española curiosamente casi no hay contactos entre los nacionalistas de uno y otro lado de la frontera, por¹⁰ cual el «demonstrator effect» no funciona hasta que el éxodo de los refugiados vascos *exporta* partes del movimiento nacionalista a los territorios vasco-franceses. Sin embargo, no se establece nunca una sincronía entre ambos movimientos: mientras los vasco-españoles apuestan por las democracias occidentales en contra de los fascistas, algunos de los líderes vasco-franceses albergan esperanzas en el regionalismo de Vichy y sondan futuros escenarios con los ocupantes alemanes. Después de la guerra, la nueva generación de nacionalistas radicales vasco-franceses reprocha al gobierno de José Antonio de Aguirre su colaboración con el centralismo francés y anti-vasco de De Gaulle. Sin embargo, Jacob demuestra a¹⁰ largo de su análisis que también el nuevo nacionalismo vasco, secular y radical, en torno a la revista *Erzbata* se ve frenado por las estructuras político-culturales de larga duración, es decir, los reflejos de «the suspicions of a conservative rural electorate which equated Basque nationalism with “Godless communism” (...» (p. 182), añadiéndose a estos obstáculos en los últimos años «the rise of indigenous Basque violence in Iparralde» (= territorios vasco-franceses en euskera, L. M.) (p. 398). En unas bien ponderadas conclusiones, Jacob resume sus principales tesis acerca de la historia de los vascos en Francia, que para él es «a history of resistance to central authority and the steady encroachment of French institutions» (p. 389). Su amplitud de miras le permite destacar la discrepancia «between the myth and reality of the French nation» sin caer en un unilateralismo ahistórico, advirtiendo del peligro de una lucha terrorista que sólo sobre-

⁹ LARRONDE, Jean-Claude, *El movimiento euskalerrista 1932-1937. Nacimiento del movimiento nacionalista vasco en Iparralde*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1995.

vive con el fin de asegurar su propia existencia. La solución, aquí en consonancia con Letamendia, del problema de la violencia sólo se encontrará si se deja de lado la estrategia del «I win, you lose», sustituyéndola por la del «I win, you win», si bien no concreta sus ideas al respecto.

Para terminar esta reseña colectiva, y sin extendernos en comentarios sobre libros de carácter más divulgativo como los editados por la Fundación Sabino Arana acerca de la historia de la *Ikurriña* (bandera nacionalista y hoy oficial de la Comunidad Autónoma Vasca) o de los vaivenes históricos vividos por la casa natal de Sabino Arana ¹⁰ o publicaciones de índole más antropológica como la de Teresa del Valle ¹¹ o literaria como la de J. Tuaristi ¹², nos queda comentar dos biografías. Ángel García-Sanz reconstruye mediante un preciso, meticuloso y bien escrito análisis crítico de las fuentes la biografía de uno de los primeros nacionalistas navarros, la de Daniel Irujo Urra, padre de Manuel Irujo ¹⁰10, líder nacionalista vasco y Ministro durante la Guerra Civil ¹³. Como es sabido, Daniel Irujo fue abogado de Sabino Arana ante los tribunales de justicia en 1896 y 1902, lo que hasta ahora se había interpretado como señal de coincidencia política entre Sabino e Irujo. García-Sanz, empero, consigue demostrar no sólo la simpatía de Irujo hacia los carlistas, sino incluso su activa militancia política en este campo hasta años después de la muerte de Sabino. Sólo en mayo de 1908, cuando el cada vez más pronunciado regionalismo españolista del carlismo había hecho insostenible la compaginación de sus «afinidades nacionalistas» y su «concepción maximalista del sistema foral» (p. 91), Irujo rompió definitivamente con el carlismo. Sin embargo, esta «permeabilidad del discurso de ambas fuerzas políticas» (p. 168) iba a ser también en años posteriores una de las principales características de una sociedad como la navarra, mucho menos movilizadora política, económica y socialmente

¹⁰ FUNDACIÓN SABINO ARANA, *Ikurriña. Euskadiren bizitzako 100 urte 1894-1994. Ikurriña. 100 años en La vida de Euskadi*, Bilbao, 1995; GOROSPE, Alberto, *Sabin Etxea. Cuna del nacionalismo vasco*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1995.

¹¹ VALLE, Teresa del, *Korrika. Basque Ritual/Ljor Ethnic identity*, University of Nevada Press, Reno, 1994.

¹² JUARISTI, Ton, *El chimbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaína, 1876-1939)*, Ediciones El Tolo, Bilbao, 1994.

¹³ GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Ángel, *Daniel Irujo Urra (1862-1911). El carlismo nacionalista imposible del director de Sabino Arana*, Pamiela, Pamplona, 1995.

que, por ejemplo, la vizcaína. Es de esperar que la tesis doctoral de Josu Chueca, actualmente en imprenta, contribuya a aumentar nuestros conocimientos sobre éste y otros aspectos de la historia del nacionalismo vasco en Navarra 14.

El otro biografiado es guipuzcoano. Se trata de Jesús María Leizaola, dirigente nacionalista y, tras la muerte de Aguirre en 1960, Lehendakari del Gobierno Vasco en el exilio 15. Su autor, Carmelo Landa Montenegro, joven doctorando de la Universidad del País Vasco, comparte con Garda-Sanz su escrupuloso y exhaustivo trabajo crítico de las fuentes y un estilo fluido que sorprende en un escritor aún poco experimentado. A lo largo de más de 400 páginas, Landa da vida al primer Leizaola en un espacio histórico que llega en teoría hasta la caída de Bilbao en 1937, una frontera temporal que, sin embargo, se rompe en varios de los once capítulos. Así se analizan, entre otros temas, su proceso de formación política, su talante de hombre moderado, poco polémico y hasta tímido, sus profundas convicciones religiosas, su labor en el sindicato ELA y su actividad como parlamentario en las Cortes (no quedan del todo aclaradas las razones del precipitado abandono de su escaño en 1934). Como García-Sanz, Landa evita las dos tentaciones más peligrosas para un biógrafo: ni se identifica con su biografiado, ni se olvida del contexto histórico en el que se mueve. Landa reúne tanto los testimonios positivos como los negativos y a veces incluso insultantes acerca de Leizaola, presentando una sólida biografía crítica y no la típica hagiografía al uso, lo que, por otro lado, es una nueva muestra de la política editorial aperturista de la *Fundación Sabino Arana* y de su deseo de impulsar un debate abierto sobre la historia del nacionalismo vasco, cosa que nos llena de esperanza de cara a la celebración del bicentenario del nacionalismo vasco y su producción bibliográfica.

Ludger Mees

¹⁴ CHUECA, Josu, *El nacionalismo vasco en Navarra durante la II República*, Pamplona, Pamplona, 1995.

¹⁵ LANDA MONTENEGRO, Carmelo, *Jesús María de Irizaola. Vida, obra y acción política de un nacionalista vasco (1896-1937)*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1995.

NACIONALISMO GALLEGO: HACIA UNA APROXIMACIÓN GLOBAL

La obra de Beramendi y Núñez forma parte, con el número 18, de una amplia colección que con resultados desiguales promueve en los últimos años Edicións A Nosa Terra con el fin de divulgar aspectos y episodios relevantes de la Historia de Galicia ¹. El principal interés de la obra reside en que constituye la primera historia completa del nacionalismo gallego publicada hasta el momento y en que, como podía esperarse de sus autores, la vocación divulgativa no empece su rigor y calidad. Con una estructura homogénea y a partir de una metodología muy elaborada se pasa revista a las diferentes etapas y corrientes del galleguismo desde 1840 hasta el presente, con especial atención al análisis ideológico y, en particular, a la definición de los distintos conceptos de nación dominantes en cada momento. Con semejante profundidad se atiende a las formas organizativas y se caracterizan las bases sociales del movimiento galleguista en sus distintas fases. Se trata, pues, de un estudio interno del nacionalismo al que apenas se confronta con otros movimientos políticos, tal vez con la excepción del agrarismo, salvo para analizar los aportes ideológicos o personales que 10 constituyen.

Como advierten Beramendi y Núñez, se trata de un libro desigual en virtud de las monografías e investigaciones de base que 10 sostienen, numerosas para el período anterior a 1936 y casi inexistentes para el posterior, en el que realizan un ambicioso intento de sistematizar y avanzar explicaciones, no exento de dificultades. Refleja la madurez historiográfica derivada de las investigaciones de autores como X. R. Barreiro, X. Moreno, R. Máiz, A. Mato, X. Castro, X. Vilas o el propio Beramendi, que desde los años setenta han analizado la formación y evolución del nacionalismo gallego en sus aspectos organizativos e ideológicos, así como los procesos -especialmente la lucha por el Estatuto en la República- de los que fue protagonista antes de la guerra civil. Este trabajo se puede considerar además una primera entrega de la completa investigación de X. G. Beramendi, que sobre el nacionalismo gallego en el período 1840-1936 está a punto de ser editada. Por contra, la ausencia de investigaciones sistemáti-

¹ BERAMENDI, J. G., Y NÚÑEZ SEIXAS, X. MANOEL: () *nacionalismo gallego*, A. Nosa Terra, Vigo, 1995.

Críticas

cas sobre el nacionalismo de posguerra y el posterior a 1960 -excepción hecha de algún trabajo de A. Romasanta y del propio X. M. Núñez- hacen que esta parte, además de contener algunas imprecisiones, sea deudora en exceso de los intereses y prejuicios que los protagonistas vuelcan en memorias y declaraciones públicas que sirven en parte de fuente.

La obra de estos dos profesores compostelanos cubre al fin un importante hueco, por cuanto la riqueza de la historiografía sobre el nacionalismo gallego no había proporcionado hasta el momento ninguna síntesis como la presente. En ella se reconstruye al completo la historia del movimiento político que, con el conservadurismo, tiene más larga tradición y profundo arraigo en la Galicia contemporánea, estableciendo además los elementos de continuidad, los momentos de ruptura y las fases por las que pasa desde que se formula como *Provincialismo* en la década de 1840, pasando por las etapas *rexionalista* y nacionalista, hasta que en su actual versión ENG supera el 13 por 100 en las últimas elecciones municipales. La valoración e incluso el establecimiento de algunas de estas fases, como la supuesta existencia de una etapa federalista, ha sido *motivo* de debate entre los especialistas. Su consideración como fase o aporte parece derivar al fin y al cabo de una convención más o menos asumida por el tiempo y determinada por los actores que, a la vez que construyeron el galleguismo, definieron su propia memoria histórica.

El valor del libro no reside únicamente en sus interesantes interpretaciones, tampoco en ofrecer la primera síntesis completa sobre el asunto, sino en que la riqueza de su contenido sugiere muchas posibilidades de interpretación a un lector atento. Algunas conclusiones, aunque ya hayan sido formuladas por los autores en obras anteriores, adquieren un sentido pleno y renovado en el marco de esta lectura diacrónica del galleguismo. Queda así patente la contradicción entre la precoz y potente formulación teórica de la reivindicación galleguista y sus dificultades históricas para fortalecerse e implantarse como movimiento político. También la fortaleza y unidad que el concepto de Galicia como nación tiene para el nacionalismo gallego en los años veinte y treinta, coincidiendo con uno de sus momentos de mayor influencia. Una unidad conceptual que lo sitúa por encima de las diferencias ideológicas internas que van entonces del tradicionalismo católico a los filosocialistas.

A diferencia de los casos vasco y catalán, se descubre la limitada influencia que *tiene* históricamente la componente tradicionalista en

un movimiento que nace y se nutre principalmente con aportes ideológicos y personales progresistas, y que en la actualidad sigue presentándose en exclusiva en una versión izquierdista después de sucesivos intentos fracasados de articular un nacionalismo conservador. Sólo en algunas etapas el galleguismo estuvo fuertemente influido -aunque nunca hegemonizado- en términos ideológicos, que no organizativos, por los aportes de los sectores tradicionalistas (Brañas y sobre todo Risco), más preocupados, especialmente en los años veinte, por la vertiente culturalista que por la política del movimiento galleguista. De esta constatación deriva una curiosa paradoja histórica consistente en que son los más reacios a la intervención política activa los que pasan a constituirse como símbolos más representativos del galleguismo histórico.

Ni los fundadores ni la mayoría de los líderes que desde 1916 consiguen éxitos electorales reales como diputados, concejales, ni aquellos que logran ampliar la implantación social del nacionalismo y su organización territorial, pertenecen a los sectores conservadores (salvo tal vez Otero Pedrayo o Losada Diéguez). Sin embargo, en la memoria histórica del galleguismo descollan significativamente los tradicionalistas frente a los activistas progresistas. Diversas explicaciones a esta paradoja parecen desprenderse de la lectura del presente trabajo. Por debajo de los evidentes intereses políticos del presente, parece tratarse de una herencia histórica forzada en parte por la memoria que bajo el franquismo alienta más el recuerdo de los que resistieron la prueba del 36 que la de aquellos, progresistas, que fueron represaliados o hubieron de exiliarse. Y ello bien en razón de que los galleguistas no exiliados pertenecían a esa minoritaria tendencia del galleguismo, bien por la orientación crecientemente culturalista del galleguismo de posguerra, bien porque las condiciones políticas del franquismo no permitían otras posibilidades. En última instancia también parece deberse a la estatura intelectual y a la importancia de la obra de algunos de ellos. En cualquier caso, aparte el caso de Castelao, en el galleguismo los logros políticos parecen haber sido inversamente proporcionales a las trascendencia, coherencia y cantidad de las aportaciones teóricas.

Es conocida la importancia que la emigración tuvo en la historia del galleguismo; sin embargo, es mérito original de los autores de esta monografía ser capaces de integrar coherentemente los aportes y la actividad del galleguismo de la *parroquia de alá* y la de *acó*. Los pio-

neros trabajos de Núñez Seixas están en la base de esta posibilidad, que permite comprender mejor otra de las características distintivas de la historia del nacionalismo gallego: su vinculación permanente con la emigración. Como se demuestra en esta obra, y en oposición a la opinión de quienes, como Baroja, creían que el nacionalismo se curaba viajando, los gallegos se hicieron galleguistas emigrando. No son pocas las instituciones, como la Academia gallega, o los símbolos, como el himno, nacidos en la orilla americana.

Lourenzo Fernández Prieto

HISTORIA SOCIAL/SOCIOLOGÍA HISTÓRICA: UN ENCUENTRO SIN FUSIÓN

La sociología histórica y la historia social surgieron y se consolidaron como movimientos de rebelión frente a las ortodoxias dominantes en sus respectivos campos. Desde hace unas décadas han compartido preocupaciones, sumado esfuerzos y al final siempre acaban siendo, pese a las llamadas a la síntesis, a la fusión o a algo más que el diálogo, lo que eran desde el principio: dos empresas distintas o, por emplear una frase de Theda Skocpol, «trenes que pasan por la noche en direcciones opuestas»¹.

La forma más simple y directa de captar el carácter de aquellas rebeliones que coincidieron en varios países con la expansión y democratización de las universidades es acudir a los testimonios y obras de quienes, tras ser estudiantes radicales o jóvenes profesores en los años sesenta, se han convertido con el tiempo en figuras prominentes de esos nuevos campos de estudio. La sociología histórica sería, si hacemos caso a sus argumentos, un ataque enérgico a la «gran teoría» y al «empirismo abstracto» que dominó la sociología en Estados Unidos hasta más allá de mediados de siglo. Y la historia social opondría, frente a las detalladas narrativas cronológicas de la política, la posibilidad de llegar a un conocimiento científico de las estructuras sociales, de los fenómenos colectivos y de las luchas y acciones de la multitud. Sociólogos históricos e historiadores sociales parecían coincidir en la necesidad de investigar la mutua interrelación del pasado y del presente, de los acontecimientos y de los procesos, de las accio-

¹ SKOCPOL, Theda: «Social History and Historical Sociology: Contrasts and Complementaries», *Social Science History*, 11, 1987.

nes y de las estructuras. Los primeros habrían reencontrado la historia para iluminar sus orientaciones macroscópicas del cambio social; los segundos habrían aplicado al análisis de sus fuentes primarias los enfoques explicativos y los métodos de investigación de las ciencias sociales.

Juntos, pero no revueltos, trataron de lograr esos objetivos. Hubo quienes pensaron que no era suficiente y que el encuentro entre sociología e historia-ciencia debería llegar a una síntesis, a una «historia social» que combinara lo mejor de las dos casas. La síntesis, como sabemos, todavía no ha Jlegado. El proyecto ni siquiera ha sufrido una derrota porque, en realidad, nos dice Andrew Abbott, nunca se ha intentado: lo único que queda es, por consiguiente, lo que han sido capaces de producir por separado ².

Al indagar las posibles causas de la frustración de ese proyecto sale a la luz tanto el carácter multiforme de la historia social y de la sociología histórica como el de las ortodoxias a las que se enfrentaban. En primer lugar, mientras que los sociólogos históricos utilizan indiscriminadamente fuentes secundarias que incluyen en ocasiones las historias políticas descartadas por muchos historiadores sociales, éstos abusan acriticamente de teorías y métodos sociológicos, como la modernización o las técnicas cuantitativas, frente a los que había planteado la bataJla la sociología histórica.

Por otro lado, algunas de las prácticas investigadoras presentes en la historia social y la sociología histórica les han alejado también en sus objetivos iniciales y, por supuesto, de cualquier aspiración a alcanzar una síntesis. La historia social que huía de la política y de la apología del estado acabó echando de sus análisis a dos de los componentes fundamentales de la sociología histórica. Esta, como resulta asimismo obvio para sus críticos, al sumergirse en historias macrosociológicas, despreció e ignoró importantes variaciones regionales y locales imprescindibles para captar la totalidad del cambio social. Una historia social, en definitiva, que ha aportado numerosas descripciones de las vidas y experiencias de los desposeídos, pero, al olvidar a las clases dominantes y a los Estados, ha sido muchas veces incapaz de conectar las transformaciones estructurales con las acciones de esos grupos. Y una sociología histórica que, al elaborar teorías

² ABBOTT, Andrew: «History and Sociology: The Lost Synthesis», *Social Science History*, 15, núm. 2, 1991.

generales sobre el cambio social, ha imposibilitado una relación más fluida entre sus estructuras comparadas de ámbito nacional o internacional y las monografías de marcos reducidos utilizadas por la historia social.

Tampoco termina ahí la combinación de las diferentes opciones posibles en ambos campos de investigación. Sólo en Estados Unidos, y al margen de diversas aproximaciones a la historia que no pueden ser calificadas con rigor de sociología histórica, existen dos grupos claramente diferenciados de sociólogos históricos: los que ponen énfasis en la macrosociología comparada, normalmente a través del estudio de los sistemas políticos estatales; y los que prefieren, al igual que otros muchos historiadores sociales «científicos», la microsociología aplicada a la familia, el género o a los movimientos sociales. Fuera del universo norteamericano, el panorama de la historia social resulta tanto o más complicado y no es necesario insistir aquí en lo mucho que separa a historiadores que creen en el carácter central de la política de otros que la han arrojado por la borda, o en las profundas divisiones -**muy** claras, por ejemplo, en el marxismo- entre teóricos y empíricos, microhistoriadores y partidarios de las estructuras de largo alcance y duración.

Ocurre, además, que las formas más extendidas de hacer historia comprendidas dentro de ese indefinido campo de lo social, y que sirvieron como reacción -**parcial** o **global**- frente al modelo político o historicista, se han visto acosadas en los últimos años por propuestas de retorno a lo que con tanta fuerza habían rechazado. Desintegración, fragmentación o crisis son los términos normalmente aceptados para describir la ausencia -**con** añoranza incluida- de un «concepto organizador **fundamental**» o dar la bienvenida al «pluralismo tolerante» que ha resultado de la muerte de los grandes paradigmas.

La narración, por ejemplo, se ha metido de nuevo en los debates de los historiadores desde que Lawrence Stone propusiera el ya famoso repliegue de la historia desde los terrenos sociológicos hacia sus viejos cauces narrativos. Hasta tal punto ha sido persistente el asunto que disponemos ya de una amplia producción teórica para todos los gustos -**con** la intervención de teóricos de la literatura y filósofos de la historia- y una revista como *Social Science fhistory*, que parecía simbolizar, por su nombre y por las personas que la conducen, una ruptura definitiva con la historia narrativa, ha publicado recién

temente secciones especiales dedicadas a la narración en las ciencias sociales³. Ni siquiera la sociología histórica, a quien su esencial preocupación por la comparación parecía alejarle del problema, está libre de caída en ese terreno, y no faltan autores que consideran que la completa desatención que la macrosociología comparada ha prestado a la narración y a los procesos sociales se solucionaría atendiendo más a la acción y a los acontecimientos, es decir, «pensando el mundo social desde el punto de vista de la narración».

Aunque la narración constituye un punto común de encuentro de algunas reacciones de sociólogos e historiadores frente a su relegamiento, los problemas y debates que más afectan a la sociología histórica y a la historia social giran en torno a los usos que ésa hace de la comparación como método y estrategia de investigación. Asunto que adquiere mayor relieve si se piensa, como hace Skocpol, firme partidaria de ese método, que la sociología histórica y la historia social deben utilizarla muchísimo más para superar sus puntos débiles. En realidad, Skocpol cree que la convergencia entre la historia social y la sociología histórica sólo puede hacerse a través de investigaciones comparadas que examinen las conexiones entre los cambios estructurales y las experiencias de los grupos sociales,¹⁰ que para ella quiere decir, ni más ni menos, la relación entre el Estado y la sociedad.

La llamada a la convergencia por medio de la comparación no encontrará, sin embargo, demasiado eco entre los historiadores, quienes en el mejor de los casos harán declaraciones de escepticismo ante el «valor de sus resultados», los más sacarán a relucir sus sospechas sobre esas investigaciones basadas sólo en fuentes secundarias y habrá incluso quienes crean que investigaciones como las de Moore son «meras especulaciones» y no «obras rigurosas de historia comparada».

Claro que hay otras maneras diferentes de valorar las investigaciones comparadas. Dedicarse a la historiografía comparada significa, en palabras de Charles Maier, quien ya la experimentó con éxito en una de sus obras, «profesar abiertamente la convicción de que la historia puede ser una ciencia social, aunque no toda historiografía deba ser tal». No hay que renunciar, por lo tanto, a ella porque «cualquier discurso histórico debe contener elementos basados en el mé-

³ «Narrative Analysis in Social Science», sección especial dedicada a ese asunto en *Social Science History*, 16, núms. 3 y 4, 1992

todo comparado y debe apoyarse en generalizaciones, al menos en la de la existencia de una experiencia humana común». Una conclusión que parece también adecuada para la sociología histórica comparada, que, con todos los límites y puntos débiles, es sin duda el campo de estudio que mejor ha planteado dentro de las ciencias sociales cuestiones básicas e ineludibles del análisis del cambio social, especialmente las de los vínculos entre estructura e historia y entre estructura social, historia y acción humana. Como afirma Jean Leca, en el número monográfico que dedica al asunto la *Revista Internacional de las Ciencias Sociales*, el proyecto investigador de la sociología histórica «sigue siendo imprescindible no sólo si queremos hacer una ciencia social mejor, sino también si queremos hacer una historia mejor»[†]. Lo cual implica suponer que existen presupuestos históricos ocultos en la sociología y supuestos sociológicos que hay que descubrir en los trabajos históricos.

Aunque, obviamente, ni todos los sociólogos ni todos los historiadores tienen por qué suponer lo mismo. Hay diversas estrategias y variedades analíticas de sociología histórica y formas de sociología «ahistórica» que otros consideran legítimas. Por no hablar de lo que Philip Abrams llamaba «el fetichismo antiteórico de la historia como prueba», tan extendido en la profesión histórica. Reconociendo, por consiguiente, que es muy probable que la historia y la sociología como disciplinas generales nunca lleven sus empresas a la misma meta, se trata de seguir aportando puntos de encuentro -guiados por prácticas investigadoras y no sólo por declaraciones de intenciones- entre aquellos historiadores y sociólogos que pretendan combinar la clasificación conceptual, la generalización comparada y la exploración empírica para averiguar cómo funcionan y cambian las sociedades y cómo conectar las transformaciones estructurales -en especial, diría Charles Tilly, el desarrollo del capitalismo y de los Estados- con la reconstrucción de las experiencias de la gente común. Ya sabemos que eso obliga a preguntarse qué tipo de historia y qué tipo de sociología queremos conectar. Pero mientras tanto, no alimentemos la división fácil de las teorías para unos y los hechos para los otros -**la**

[†] «La sociología histórica. Dehate sobre sus métodos», *Revista Inlemacional de Ciencias Sociales*, 133, 1992; también «La historia comparada», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, X-XI, 1992-1993; y, además, APPLEBY, Toyce; HICIT, Lynn; y JACOB, Margare!: *Telling the Truth about History*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1994.

famosa frase de que la historia es «sociología sin teoría»- y reconocamos que no nos iría mal si los historiadores fuéramos menos «descriptivos» y estuviéramos más dispuestos a saltar la barrera que separa la investigación histórica de la teoría social, y los sociólogos históricos formularan sus teorías apoyadas de forma más específica en el tiempo y en el espacio.

Julián Casanova

LA HISTORIA DE LAS MUJERES Y LA HISTORIA DESDE EL GÉNERO.
LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA EN ESPAÑA, 1995

Identificar y dar voz a las mujeres, es decir, considerar la experiencia femenina como categoría epistemológica ha constituido la tarea de muchas historiadoras en los últimos años. Buena prueba de ello es el Libro Blanco de *Los estudios de las Mujeres en las Universidades españolas 1975-1991*, realizado por Pilar Ballarín, M. Teresa Gallego e Isabel Martínez, en el que se constata que la historia -especialmente en el período contemporáneo- es una de las disciplinas en la que se ha producido un mayor desarrollo de los estudios de las mujeres y de género en España ¹.

Precisamente es a la luz de la producción realizada en los años anteriores como podemos valorar el largo camino recorrido hasta el fructífero y pujante panorama que nos presenta la producción historiográfica en 1995. Las últimas publicaciones podrían situarse en una triple y complementaria dimensión que refleja el alcance y la madurez de las investigaciones que se están realizando desde la perspectiva del género. En unos casos, el objetivo se centra en la recuperación de la heterogénea memoria histórica de las mujeres; en otros, el objeto de estudio es el proceso de construcción social del género como sistema que estructura, jerarquiza y significa la experiencia de mujeres y de hombres. Pero también empieza a aparecer una literatura que refleja un notable esfuerzo por repensar desde esta nueva perspectiva procesos históricos sobre los que ya existe una abundante y, sin embargo, androcéntrica bibliografía.

¹ BALLARÍN DOMINEO, P.; GALLEGO MÉNDEZ, M. T., Y MARTÍNEZ BENLLOCII, I., *Los estudios de las Mujeres en las Universidades españolas*, Libro Blanco, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid, 1995.

De una u otra manera, nos encontramos ante unas aportaciones que constituyen uno de los elementos más importantes de renovación de la historiografía española. En ellas se detectan importantes avances analíticos, conceptuales y metodológicos que están permitiendo, por una parte, superar los planteamientos interpretativos rígidos o dicotómicos que dificultaban el conocimiento de la compleja y heterogénea experiencia de las mujeres en las sociedades históricas, y, por otra, abordar las múltiples articulaciones de los espacios sociales que hasta ahora se han venido trabajando separadamente: producción/reproducción, mercado/hogar, público/privado; en definitiva, las experiencias de hombres y mujeres que conforman una realidad histórica.

Es significativo que en muchas de las obras que han ido apareciendo en el último año se aprecia una tensión permanente por integrar la totalidad de la experiencia social y desvelar la compleja naturaleza de los cambios, evitando que su conocimiento quede fragmentado y discontinuo. Es desde este supuesto que los estudios sobre las mujeres y sobre el género contribuyen a transformar una disciplina que se encuentra en nuestros días, si no en situación de crisis, sí, al menos, rodeada de incertidumbres.

El hecho de que *Ayer* haya dedicado un volumen 2 a las relaciones de género es sin duda el resultado del extraordinario dinamismo de esta área de investigación, aunque continúe teniendo serias dificultades en el mundo académico. En este monográfico, como indica su editora Guadalupe Gómez Ferrer, se ha pretendido señalar, de manera heterogénea, algunas de las problemáticas que hoy se plantean desde la Historia de las Mujeres y del Género. El estado de la cuestión sobre las experiencias y estrategias de la historiografía feminista queda plasmado en un excelente artículo de Isabel Morant³, y en las reflexiones de Michelle Perrot sobre la experiencia francesa⁴. Por otra parte, Mercedes Ugalde analiza la relación entre feminismo y nacionalismo⁵. En este caso, la autora plantea cómo pese a la oposición del nacionalismo catalán y vasco al desarrollo del feminismo, las mu-

² GÓMEZ-FERRER MORANT, C. (ed.), «Las relaciones de género», *Ayer*, núm. 17, 1995.

³ MORANT, Isabel, «El sexo de la historia», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 29-66.

⁴ PERROT, Michelle, «Escribir la historia de las mujeres: una experiencia francesa», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 67-83.

⁵ UGALDE, Mercedes, «Dinámica de género y nacionalismo. La movilización de vascas y catalanas en el primer tercio de siglo», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 121-153.

jeros utilizaron estos movimientos como una de sus principales vías de movilización, tratando de encontrar a través de ellos nuevos y más amplios horizontes de actuación, aun en contextos socioeconómicos y culturales muy diferentes.

M. Dolores Ramos ⁶ propone una nueva reflexión de las interrelaciones entre género y clase y nos plantea, parafraseando a J. Álvarez Junco y a M. Pérez Ledesma ⁷, una tercera ruptura en la historia del movimiento obrero en la medida en la que la catogía analítica género atraviesa la experiencia del conjunto de las/los trabajadoras. Gloria Niefel ⁸ reflexiona acerca de la exclusión de las mujeres en la construcción del Estado liberal y señala un campo de investigación complejo, atrayente y escasamente trabajado como es el de la ciudadanía de las mujeres. Pilar Folguera analiza los cambios sociales de la España de entreguerras y la cultura del género, mientras Teresa Rodríguez de Lecea reflexiona sobre el papel del pensamiento religioso en la conformación de la identidad femenina en la España franquista, centrándose en los sectores más renovadores de la Iglesia ⁹.

Pero el hecho más relevante dentro de la producción historiográfica sobre las mujeres y el género es, sin lugar a dudas, la aparición de la revista *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*. Esta revista bianual aparecida en 1994 pretende cubrir la carencia de publicaciones académicas específicas sobre este tema y constituirse en plataforma de debate teórico y metodológico para las diferentes áreas de la historia de las mujeres, facilitando la difusión de los estudios realizados, estimulando la investigación y la docencia. Se trata, por tanto, de una revista de investigación, análisis y reflexión en torno a la experiencia colectiva de las mujeres, a las relaciones sociales de género y los procesos de transformación social, así como de revisión crítica de la historia. El apoyo de la Universidad de Granada y del Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales ha hecho posi-

⁶ RAMOS, M. Dolores. «Historia Social: un espacio de encuentro entre género y clase», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 85-102.

⁷ ÁLVAREZ JUNCO, J. y PÉREZ LEDESMA, M. «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, núm. 12, 1983, pp. 19-41.

⁸ NIEFEL, Gloria. «La revolución liberal desde la perspectiva del género», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 103-120.

⁹ FOLGUERA, Pilar. «Mujer y cambio social», *Ayer*, núm. 17, 1995, pp. 156-171; RODRÍGUEZ DE LECEA, Teresa. «Mujer y pensamiento religioso en el franquismo», *op. cit.*, pp. 173-200.

Críticas

ble que el proyecto vea la luz bajo la dirección de Cándida Martínez, Mary Nash y Reyna Pastor.

El primer número trata de la revisión teórica y metodológica de la Historia de las Mujeres en Europa, dedicando, además, una buena parte de sus páginas a la figura de Concepción Arenal ¹⁰. El segundo se centra en los Cielos de vida de las mujeres, sin olvidar un espacio para la genealogía del discurso emancipatorio y feminista en España, que en este caso se ocupa de la figura de Federica Montseny ¹¹.

Y precisamente en relación con la construcción de una genealogía del movimiento feminista en España hay que destacar el artículo de Mary Nash sobre «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», en la revista *Ilistaría Social* ¹². Estamos ante una de las aportaciones más interesantes y renovadoras de la historiografía feminista y que, aunque fue publicada a finales de 1994, ha vertebrado parte de los debates entre las historiadoras a lo largo del 95. Se trata de un artículo que contempla como punto de partida la necesidad de desideologizar las formulaciones conceptuales a la hora de abordar el feminismo de finales del siglo XIX y principios del XX, si realmente queremos entenderlo en los términos en que fue formulado y vivido por sus protagonistas en un marco histórico específico. Partiendo de esa premisa, se nos presenta una sugerente reflexión acerca de la relación entre cultura política, cultura de género y desarrollo del movimiento de mujeres en la España contemporánea.

Consecuentemente, la autora se replantea el marco interpretativo en el que tradicionalmente se ha identificado el feminismo histórico con sufragismoligualitarismo, según el modelo angloamericano, en el que predomina la reivindicación del principio de igualdad y de derechos políticos individuales para las mujeres. Frente a este modelo

¹⁰ LACALZADA DE MATEO, M. José, «Concepción Arenal: un perfil olvidado de mujer y de humanista», *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, vol. 1, núm. 1, 1994, pp. 71-102; SANFALLA, Manuela, «La condición femenina en Concepción Arenal», *op. cit.*, pp. 103-115; NIELEA, Gloria, «Concepción Arenal y la igualdad», *op. cit.*, pp. 139-156.

¹¹ JASHI Mary, «Federica Montseny: dirigente anarquista, feminista y ministra», *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, vol. 1, núm. 2, 1994, pp. 259-271; TAVERA GARCÍA, Susana, «Federica Montseny y el feminismo: unos escritos de juventud», *op. cit.*, pp. 307-329.

¹² NASH, Mary, «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», *Historia Sociol.*, núm. 20, 1994, pp. 151-172.

de feminismo histórico cabe establecer otras definiciones del mismo a *partir de resortes socioculturales que se asientan en el reconocimiento del principio de la diferencia de género y de roles sociales distintos para hombres y mujeres*¹³. El predominio del discurso de la domesticidad en la configuración de los valores y modelos de feminidad en la España del siglo XIX se acompaña, además, de un sistema político poco propicio para la defensa del sufragio y de los derechos políticos individuales. En definitiva, M. Nash propone otros modelos de resistencia y emancipación que *aunque no 'questionaban el monopolio masculino del mundo de la política disputaron las normas culturales de género que restringían sus actividades al ámbito doméstico y foljaron nuevos espacios de actividad femenina en el dominio público*¹⁴.

Pero además, la autora plantea la existencia de una multiplicidad de itinerarios emancipatorios derivados de un colectivo enormemente heterogéneo de experiencias, cuestionando, por tanto, la homogeneidad de este movimiento social. Esta reflexión acerca de la pluralidad y de la existencia de un feminismo social en España volcado en la defensa del derecho a la educación y al trabajo remunerado, prescindiendo de los derechos políticos, es objeto de otro artículo por parte de la autora en *Ayer*¹⁵.

El libro de Lola Valverde Lamsfus, *Entre el deshonor y la miseria. Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra. Siglos XVIII y XIX*¹⁶ no sale a la luz hasta 1995, aunque su fecha de edición sea la del año anterior. En él, la autora nos transporta, a través de la Inclusa, a la sociedad guipuzcoana y navarra del siglo XVIII y XIX, desvelando la multiplicidad de causas que confluyen en el abandono de niños y la función que tiene este fenómeno como regulador demográfico y moral.

Entrar en una Inclusa es toparnos con la pobreza estructural que afecta a amplias capas de la población y, también, con las normas que rigen la desigualdad funcional y de poder entre los géneros: el sistema de matrimonio, los comportamientos sexuales, los modelos de maternidad/paternidad, etc. Al analizar las claves explicativas del

¹³ NASH, Mary, *op. cil.*, p. 157.

¹⁴ NASH, Mary, *op. cil.*, p. 171.

¹⁵ NASH, Mary, «Género y ciudadanía», *Ayer*, núrn. 20, 1995, pp. 241-258.

¹⁶ VALVERDE LAMSFUS, Lola, *Entre el deshonor y la miseria. Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra. Siglos XVIII y XIX*. Bilbao, 1994.

abandono, Lola Valverde realiza un excelente ejercicio de interrelación de factores económicos, sociales y culturales en la línea que se destacaba anteriormente de búsqueda, con la historia total como horizonte, de modelos explicativos capaces de interrelacionar significativamente espacios y experiencias que a menudo se nos presentan fragmentadas. Para la autora la extensión del inquilinato y la reducción del número de propietarios de tierra, con la consiguiente nuclearización de los hogares, se tradujo en un menor apoyo familiar que impulsa a la madre soltera al abandono. Al mismo tiempo, la Iglesia y el Estado a lo largo de los siglos XVII y XVIII fueron desterrando por medio de una tenaz lucha las actitudes tolerantes hacia la ilegitimidad y las relaciones sexuales extramatrimoniales que existían en la sociedad vasca. Consecuentemente, los Índices de ilegitimidad fueron descendiendo progresivamente, mientras que en las mentalidades arraigaba la idea del sexo como el más importante de los pecados, culpando a las mujeres de los desórdenes sexuales, modelando una nueva percepción del cuerpo femenino y de las relaciones de género. La evolución de códigos y leyes que contemplan un nuevo modelo de maternidad/paternidad -vigente hasta nuestros días- en que la madre está indisolublemente ligada a sus hijos, y a la que le corresponde la función educativa moral que antes era sólo patrimonio de los padres, junto a la desaparición de las responsabilidades de éstos hacia los hijos naturales, hicieron que la mujer se encontrara sola con su hija o hijo natural y recurriera al abandono.

Dentro de las amplias fronteras de la historia social, nos encontramos también con un conjunto de publicaciones que abordan la familia y los hogares como unidad funcional de estrategias -demográficas y económicas- y en las que las relaciones de género y el papel de las mujeres se presentan como un eje vertebrador de las mismas. Su común denominador es ahondar en las claves explicativas de determinados procesos de cambio, vinculados a la modernización, desde una perspectiva microanalítica capaz de iluminar espacios y actores que resultan invisibles desde otros planteamientos analíticos y metodológicos.

En esta línea se encuentra un número monográfico del *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* dedicado a «Las economías familiares desde una perspectiva histórica», que al igual que otras publicaciones, aunque su fecha de edición es 1994, no se distribuyó hasta 1995. Se trata de un conjunto de artículos que profundizan en el

papel de las mujeres en la formación de los mercados de trabajo locales y en las economías familiares y tratan de superar el modelo clásico de interpretación del trabajo femenino a través de los censos de población, proponiendo nuevos marcos teóricos y metodológicos para abordar el trabajo de las mujeres. En este sentido, los diferentes itinerarios de trabajo de las mujeres se explican dentro de unos mercados de trabajo, de unos regímenes demográficos y de una cultura de género determinados. De esta manera, las/los autores se aproximan a la lógica de la toma de decisiones del grupo doméstico como elemento determinante de las diferentes trayectorias laborales de sus miembros.

La perspectiva de las estrategias familiares permite abordar con mayor precisión los cambios habidos en las estructuras socioeconómicas, tanto en lo que se refiere al sistema productivo como a la organización de la reproducción, sobre todo a partir de las últimas décadas del siglo XIX. A su vez, posibilita relacionar factores que ayudan a conocer mejor la complejidad de los cambios sociales, ya que el grupo correspondiente se constituye en unidad de análisis que reproduce toda una serie de categorías sociales en su interior en función del sexo, la edad y la parentela.

Si en Sabadell la creciente mecanización y concentración fabril fue reduciendo la participación de las mujeres limitándola a una parte del ciclo vital, como muestra Enriqueta Camps en su libro *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*¹⁷, en el caso de la Cataluña interior, analizado por Llorens Ferrer Alos y Montserrat Llonc¹⁸, la feminización de la industria textil desde mediados del XIX se mantiene a pesar de los cambios técnicos en la hilatura y en los telares. L. Ferrer Alos analiza cómo el trabajo agrícola de los hombres y el trabajo fabril de las mujeres se presentan como complementarios para la economía familiar, lo que permite a las familias superar las dificultades en el caso de crisis de un sector y también reducir los costes a los diversos sectores. Esta fe-

¹⁷ CAMPS, Enriqueta, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, 1995.

¹⁸ LLONC CASANOVAS, M., «Inserción laboral de la inmigración y sistema de reclutamiento de la fábrica textil: Vilassar de Dalt, 1910-1945», en CAMPS, E., y PÉREZ FUENTES, P. (eds.), *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII-2/3, 1994, pp. 149-161; FERRER I ALOS, Llorenç, «Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Catalunya Central (siglos XVIII-XX)», *op. cit.*, pp. 199-231.

El crecimiento del mercado de trabajo fabril se acompaña de inmigración temporal de mujeres jóvenes, con el consiguiente impacto en el modelo de nupcialidad y fecundidad, entendiendo éste como una estrategia de maximización de los ingresos frente a las oportunidades de ocupación.

En este mismo número Carmen Sarasúa¹⁹ analiza, también desde la perspectiva de las estrategias y las economías familiares, las emigraciones femeninas en una economía de minifundio en los Montes de Pas entre 1758-1888. En este caso las rentas derivadas del trabajo de las mujeres casadas, empleadas temporalmente como nodrizas en Madrid, se invierten en la sustitución del ganado local por ganado holsteín importado, convirtiendo a los pasiegos en los principales productores de vacas de España. El sistema familiar de organización del trabajo de las esposas constituyó una estrategia fundamental en la modernización de este grupo ganadero y reforzó, a su vez, la institución familiar como unidad económica.

En la parte de este *Boletín de La Asociación de Demografía Histórica* dedicado a prestaciones sociales, pobreza y tercera edad, es de destacar el artículo de Montserrat Carbonell sobre «Género, pobreza y estrategias de supervivencia en Barcelona XVIII».

Por último, y dentro de este amplio campo de la historia social, Carmen Sarasúa ha publicado *Criados, nodrizas y amos*²⁰. Se trata de una excelente investigación acerca del papel del servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño entre 1758-1868, y dado el problemático uso de los censos, la autora ha utilizado como fuente básica el *Diario de Avisos* de Madrid.

Una vez más nos encontramos con la enorme complejidad y pluralidad de los comportamientos sociales. La composición de la población inmigrante (origen, sexo, edad) que nutre el servicio doméstico en la capital se explica en función de los diferentes modelos de organización familiar del trabajo y de acceso de hombres y mujeres a los recursos familiares y a los mercados locales, que varían considerablemente según las provincias. Estas inmigraciones aparecen vinculadas a la fase doméstica del proceso de integración de la población rural -hombres y mujeres- en la economía urbana. Sin em-

¹⁹ SARASÚA, Carmen, «Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: los Montes de Pas, 1758-1888», en CAMPS, E., y PÉREZ FUENTES, P. (eds.), *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII-2/3.

²⁰ SARASÚA, Carmen, *Criados, nodrizas y amos*, Madrid, 1444.

bargo, esta fase finaliza en el siglo XIX acompañada de una reorganización/feminización del servicio doméstico en el marco de una nueva división sexual del mercado de trabajo. A su vez, la autora nos muestra cómo el servicio doméstico cumplió distintas funciones en las trayectorias laborales de hombres y mujeres, no sólo porque el acceso a los recursos económicos y a la cualificación es distinto para ambos, sino, sobre todo, porque los mecanismos de movilidad social y geográfica son muy diferentes para ambos.

Es evidente que todas las publicaciones mencionadas son un buen ejemplo del salto cualitativo en las formas de hacer y de integrar la historia de las mujeres que suponen una importante aportación a la historiografía española y que, sin duda, coadyuvan a ampliar los retos y límites de la disciplina.

Pilar Pérez-Fuentes Hernández

HISTORIA AGRARIA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Reunir en un comentario general obras pertenecientes a esa especialidad de límites tan amplios como es la historia agraria obliga a referirse a temáticas bastante heterogéneas. Y ése será el signo de este repaso: diversidad de aportaciones, que, sin embargo, se encuentran en su mayor parte dentro de unas líneas de investigación con bastante coherencia y que responden a caminos que ya vienen siendo recorridos desde hace más o menos años. La única ausencia destacable entre las publicaciones de este año es, una vez más, la de algún texto de carácter general o de síntesis (todavía no ha aparecido cuando se escriben estas líneas el anunciado libro de James Simpson): los progresos realizados por la disciplina en los últimos tiempos los demandan y hacen posible, aunque también es verdad que vuelven la empresa más difícil por la abundancia de trabajos e investigaciones. En su lugar, pues, un conjunto sustancial de obras de gran interés referidas a ámbitos regionales o a temáticas específicas.

Algunos textos, sin embargo, han adoptado una perspectiva internacional aunque referida a cuestiones concretas. Así, la publicación de dos libros importantes sobre las «agriculturas mediterráneas» (el plural es especialmente adecuado, a la luz de los contenidos de las obras) constituye, sin duda, un hecho resaltable. Ambos adoptan perspectivas complementarias: en *Agriculturas mediterráneas...* se re-

saltan los rasgos diferenciales del mundo rural estudiado frente a las mejor conocidas estructuras agrarias «atlánticas»; en el libro editado por I. Morilla, en cambio, el estudio de las agriculturas de la orilla norte del Mediterráneo se hace de forma comparada con otra región del mundo -California- que comparte rasgos comunes con aquellas 1.

La lectura de *Agriculturas mediterráneas...* permite confirmar que si hubo una escasa difusión de los principios de la revolución agrícola inglesa en el mundo mediterráneo, en cambio se siguieron otras vías de crecimiento basadas en la adopción de cultivos con ventajas comparativas; nos muestra el lento proceso de disolución de las sociedades campesinas tradicionales, relacionado con la inserción de las producciones en circuitos internacionales, y la existencia de variantes muy diferenciadas en las dos orillas del Mediterráneo; posibilita la incursión en cuestiones más específicas como el regadío, el bosque o el asociacionismo agrario; y nos introduce, finalmente, en los problemas que enfrentan hoy las producciones mediterráneas: competencia intra y extrarregional, integración de trabajadores inmigrantes, cambios en la valoración de la tierra, crisis ecológica, etc.

Por su parte, la segunda de las obras pone de manifiesto la creciente distancia -tecnológica, de capacidad productiva, diversificación, etc.- entre la agricultura californiana y los diversos países mediterráneos. Hay un énfasis especial en las formas de financiación de los cambios productivos: énfasis justificado dados los requisitos de la implantación del regadío o las diversas readaptaciones vitícolas. En este terreno hay un contraste bien evidente entre la disponibilidad de crédito en California (donde las peculiares pautas de ahorro jugaron un papel esencial) o en el sur de Francia y las limitaciones en este sentido de la agricultura española. Artículos dedicados a productos concretos -agrarios, seda, pasas- ya territorios particulares -Grecia, Cataluña, Andalucía, Sicilia— configuran un panorama de diversidades dentro del mareo general, y muestran los continuos procesos de adaptación que experimentaban estas agriculturas. Finalmente, un rasgo común a ambos libros: en los dos casos se echa en falta un estudio introductorio más amplio para establecer la necesi-

1 SÁNCHEZ PICÓN, Andrés (ed.): *Agriculturas mediterráneas y mundo campesino. Cambios históricos y retos actuales*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1994; MORILLA CRITZ, José: *California y el Mediterráneo. Estudios de la historia de dos agriculturas competidoras*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1995.

ria visión de conjunto y ofrecer así a los lectores una síntesis de tantas aportaciones dispares.

Las transformaciones agrarias ligadas a la revolución liberal, ámbito privilegiado por la investigación, han tenido también este último año sus contribuciones. No nos corresponde aquí, por acotamiento cronológico, comentar el excelente libro de Enric Tello, *Cervera i la Segarra al segle XVIII. En els orígens d'una Catalunya pobra* (Pages ed., Lleida, 1995); tampoco podemos, sin embargo, pasarlo por alto en tanto constituye una penetrante exploración de los cambios que desembocaron en la revolución liberal, con la «eutanasia del rentista» que aquélla comportó en la zona estudiada. Dentro ya de nuestro período, el libro de M. Martínez Martín puede inscribirse en una tendencia, iniciada ya hace algunos años, que prolonga metodología y preocupaciones de la ya larga historiografía sobre estos temas, pero que se distancia de la interpretación general de los cambios acontecidos². Se trata de otro paso en una dirección que se perfila cada vez más claramente: la diversidad y ambivalencia de los resultados del proceso liberal de transformación de la propiedad. En este caso, el estudio de tres localidades permite avanzar un modelo propio de la Alta Andalucía definido por la consolidación de la pequeña propiedad campesina junto al latifundio: las consecuencias del cambio no habrían sido tan negativas para el campesinado, mientras la intensificación de las grandes propiedades y cierta diversificación económica en la zona habrían incrementado la demanda de trabajo y contribuido a la viabilidad de las pequeñas propiedades. Una evolución bien diferente, pues, de la imagen convencional que sobre Andalucía se ha tenido y que los diversos procesos de «campesinización» —como concepto opuesto al de proletarianización— estudiados desde hace algún tiempo están modificando sustancialmente. Las páginas dedicadas al poder local son, en cambio, el punto débil, al no precisar suficientemente los fundamentos sociales del mismo.

Por lo que respecta al análisis de sectores agrarios concretos, no es extraño que 1995 haya ofrecido, al menos, dos textos de gran interés sobre el bosque. Lo menos que puede decirse es que se trata de una temática cada vez más presente en la historiografía agraria, que sobrepasa así, felizmente, el análisis de la sociedad rural a partir sólo

² MARTÍNEZ MARTÍN. Manuel: *Revolución Liberal y cambio agrario en la Jilta Andalucía*, Universidad de Granada. Granada. 1995.

de las superficies cultivadas. Hay contrastes y coincidencias entre los dos textos: mientras la obra sobre La Rioja insiste en la complementariedad del bosque con las economías campesinas durante el Antiguo Régimen, la referida al País Valenciano sitúa ya en aquel período el inicio de la degradación por el uso abusivo. Sin embargo, ambas coinciden –la primera desde la perspectiva de la historia agraria, la segunda con una mirada más geográfica– en el duro golpe que significó la Desamortización, y Cristina Montiel nos introduce también en los avatares experimentados por las superficies arboladas durante el presente siglo. La conclusión es nítida: una degradación continuada, próxima al desastre ecológico, a la que han contribuido todo tipo de factores: físicos, técnicos, socioeconómicos y políticos³.

Finalmente, dos obras referidas a un ámbito menos frecuentado, el de las ideas y las instituciones agrarias, han destacado, ambas referidas a Cataluña. El libro de Jordi Planas es, en parte, la biografía (o fragmentos de ella) de un propietario que fue autor de numerosos textos sobre la proyección política de los intereses rurales, pero es también un estudio de las asociaciones agrarias catalanas del primer tercio de siglo, ese período en que se pusieron en cuestión las estructuras agrarias salidas de la revolución liberal. La posibilidad de conocer la evolución del patrimonio de Maspons permite explicar mejor las posiciones públicas del personaje; especialmente interesantes parecen las contradicciones entre un discurso interclasista y una práctica de preeminencia de los grandes propietarios en las asociaciones patronales, y entre una valoración del papel del propietario en la innovación productiva y una realidad de cesión de la tierra en régimen de cultivo indirecto⁴.

Por su parte, el libro de Andreu Mayayo, con un título deudor de Eugen Weber, es un recorrido de larga duración a través del asociacionismo agrario «desde abajo» en tierras catalanas, que se inicia con las diversas formas de resistencia y agitación de finales del siglo XIX, relacionadas con la crisis vitícola, y concluye con el renacer del sindicalismo en las décadas recientes. Entre ambos momentos el desarro-

³ MONTIEL MOLINA, Cristina: *Los montes de utilidad pública en la Comunidad Valenciana*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1995. MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón: *El Monte Público en La Rioja durante los siglos XVIII y XIX: aproximación a la desarticulación del régimen comunal*, Gobierno de La Rioja, Logroño, 1994.

⁴ PLANAS IMAREMA, Jordi: *Catalanisme i agrarisme. laume Maspons i Camarasa (1872-1984): escrits polítics*, Ed. Eumo, Vic, 1994.

110 de modalidades distintas de cooperativismo y la penetración del socialismo y el anarquismo, configuran un panorama rico en formas organizativas, con una idea articuladora de las diversas etapas: la de que el campesinado catalán, muy lejos de asumir el individualismo propio de la agricultura capitalista, se habría caracterizado por su tendencia permanente a un asociacionismo impregnado de una «cultura de izquierdas». Síntesis excelente de unas realidades muy diversas, el libro se sustenta en una visión idealizadora y un tanto atemporal del «campesinado» y conecta menos con las transformaciones agrarias que jalonaron este largo período que con la historia de los movimientos populares ⁵.

Salvador Calatayud Giner

FRANCO: UNA APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Hasta fechas recientes los investigadores habían primado los estudios sobre el franquismo frente a lo que son propiamente biografías de Francisco Franco. A partir de 1992, al cumplirse los cien años de su nacimiento, los historiadores españoles y, principalmente, anglosajones han intentado acercarse nuevamente a la figura del dictador español.

Los textos hagiográficos. El título del libro de Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, es bien indicativo de lo que fue la literatura vinculada al primer franquismo: *Franco* (Joaquín Arrarás, 1937), *Franco, el Caudillo* (José Millán Astray, 1939), y, entre otros muchos, *Centinela de Occidente* (L. Galinsoga, F. F. Salgado Araujo, 1956), textos todos ellos de propaganda para consumo interno.

Los libros firmados por Ricardo de la Cierva, *Franco. Un siglo de España* (1973) y *Francisco Franco; biografía histórica* (1982), constituyen la mejor aportación de la bibliografía pro franquista. Aunque ocultan datos y situaciones (la represión, los costes del desarrollo económico) y son muy selectivos en cuanto a las fuentes documentales, representaron un cierto cambio respecto a los anteriores textos favorables al franquismo.

⁵ MAYAYO I ARTAL, Andreu: *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agrari a Catalunya, 1893-1994*, Ed. Afers, Catarroja-Barcelona, 1995.

La última versión hagiográfica ha sido la realizada por el medievalista Luis Suárez, seleccionado por la Fundación Francisco Franco para elaborar una biografía (*Francisco Franco y su tiempo*, 1984) acorde a los intereses de la misma. El texto utiliza una parte de la documentación procedente de los archivos de Franco, pero lo hace de forma fragmentaria y en exceso subjetiva.

Por otro lado, entre los libros de denuncia acrítica sobresale el de Luis Ramírez (seudónimo de Luciano Rincón), *Vie de Francisco Franco, régent du royaume d'Espagne par la grâce de Dieu* (París, 1965), centrado en el narcisismo del personaje.

Las primeras investigaciones. Los trabajos publicados antes de la muerte de Franco son, con contadas excepciones, libros de divulgación que no aportan información nueva, además de presentar numerosas lagunas: *Franco of Spain* (S. F. A. Coles, 1955); *Franco soldier et homme d'Etat* (Claude Martin, 1964); *Franco; A Biographical HistOfY* (Brian Crozier, 1967); *Franco; The Man and his Nation* (George Bilis, 1967); *Franco, la conquête du pouvoir, 1892-1937* (Philippe Nourry, 1975); *Franco, Franco, Franco* (Amando de Miguel, 1976). De entre los libros publicados en estos años posiblemente el más interesante y objetivo es el de J. W. D. Trythall, *Franco*, publicado en Nueva York en 1970.

La reciente bibliografía académica. En función de las características de la evolución política española, los principales trabajos biográficos no han podido ser elaborados hasta fecha reciente. Sus autores son historiadores que ya habían dedicado varios trabajos de investigación al régimen de Franco y la derecha española. Este es el caso de Juan Pablo Fusi, Paul Preston, S. G. Payne y Javier Tusell (*Franco en la guerra civil. Una biografía política*, 1992), cuyas aportaciones, sin ofrecer excesivas novedades, han dejado perfectamente delimitadas las etapas y rasgos característicos básicos de la vida de Franco y su régimen. Todos ellos parten del presupuesto de que no se puede explicar el régimen franquista centrándose exclusivamente en su fundador, pero también de la imposibilidad de olvidar que se trata de una dictadura de carácter personal.

Lo cierto es que si tuviéramos que recomendar un libro a aquellos que desean acercarse a la figura histórica y personalidad de Franco, nos inclinaríamos por el libro de Fusi, *Franco. Autoritarismo y poder personal* (1985), aunque quienes buscan una mayor exhaustividad en los datos están obligados a consultar la reciente biografía de

Preston, y/o el anterior libro de Payne (*El régimen de Franco, 1936-1975 - 1987*).

La originalidad del trabajo de Fusi no reside en una investigación monográfica, que no hay en su libro, sino en el enfoque y esfuerzo de equilibrio e imparcialidad. La idea que nos comunica del personaje es la de un «hombre frío, distante, reservado», «de maneras suaves y corteses», gustos sencillos, dotado de una personalidad no carismática, mal orador, sin aficiones intelectuales y de escasa presencia física; era «ante todo un hombre imbuido profunda y sinceramente de una idea casi mesiánica de su misión». Fusi pone de manifiesto que el desarrollo de la sociedad española y el bienestar material que trajo consigo fueron las piezas claves de la legitimación del franquismo, pero constata las limitaciones del desarrollo económico: estancamiento de la agricultura, desequilibrios regionales, éxodo rural, sistema fiscal regresivo, fuerte proteccionismo, sector público ineficiente y deficitario, insuficiencias de tipo social y asistencial. Considera que Franco tenía la «adhesión incondicional de muchos españoles (como sin duda también el rechazo visceral de otros muchos que no pudieron expresarlo)», y fundamentalmente contaba con «la cómoda instalación en su régimen de una parte importante de la sociedad española».

Por lo que se refiere a la obra de Payne, *Franco. El perfil de la historia* (1992), nos encontramos ante un texto menos riguroso que su estudio sobre el franquismo. A nuestro entender, comete errores en su interpretación de la reciente historia española, con apreciaciones cuestionables sobre la figura de Franco. Así, sostiene que Franco «demostró una flexibilidad ideológica y política muy superior a la de otros muchos dictadores», y que se le debe considerar «un modernizador económico consciente y decidido». Y, de forma incomprensible, añade: «Hasta los enemigos de Franco han tenido que reconocerle cierto mérito por su diplomacia durante la segunda guerra mundial».

Publicada en su versión original en inglés en 1993, la primera edición española del libro de Preston, *Franco, Caudillo de España*, estuvo disponible un año después. Fruto del trabajo de investigación de varios años, su obra constituye la biografía más completa de las publicaciones hasta la fecha. En su opinión, «Franco será recordado ante todo por su enérgica dirección del esfuerzo de guerra nacional entre 1936 y 1939 Y por la determinación con la que buscó la ani-

quilación sistemática de sus enemigos de izquierda y, posteriormente, por su férrea voluntad de pervivencia». El libro describe con acierto la pervivencia del régimen en el contexto del término de la segunda guerra mundial, y la capacidad de Franco para mantener las distancias entre posibles competidores. Sin embargo, es reiterativo y desigual en su desarrollo: dedica 642 páginas al período 1892-1945, 187 páginas a la etapa 1946-1960 y tan sólo 113 a los años que transcurren entre 1960 y 1975. Mientras que Payne sostiene que todavía es pronto para que la historia arroje un juicio definitivo sobre Franco, Preston escribe que el juicio de la historia será adverso a Franco por establecer la dictadura más larga de nuestros siglos XIX y XX, «cuya simple existencia provocó el rechazo frontal de la conciencia liberal y democrática de su tiempo». Es evidente que no nos encontramos ante la biografía definitiva de Franco. No lo puede ser porque la visión de Preston necesita ser complementada con los fondos procedentes del archivo del que fuera jefe del Estado, en la actualidad custodiados por la Fundación Francisco Franco.

Hay que agradecerle a los autores citados que se abstengan de recurrir a argumentaciones de fondo supuestamente psicológico. No se puede decir lo mismo de la última biografía de Franco, la de Bartolomé Bennassar, *Franco*, publicada en francés en 1995. No se trata tan sólo de que el autor no sea un especialista en el régimen de Franco, situación perceptible en el libro, sino fundamentalmente en el desequilibrio y falta de acierto en el acercamiento al personaje: las 170 primeras páginas cubren hasta el año 1945, las ochenta siguientes la etapa 1945-1975 y las 150 restantes se reservan para comentarios de tipo supuestamente psicológico, que siguen la senda abierta por González Duro (*Franco, una biografía psicológica*, 1992) y resumen las últimas novelas y ensayos literarios sobre el personaje de Franco.

José L. Rodríguez Jiménez

EL NEOFASCISMO ESPAÑOL A DEBATE

Xavier Casals i Meseguer, historiador y jefe de redacción de la revista catalana *L'Avenç*, dedica su primer libro al estudio y la descripción de los grupos neonazis y neofascistas existentes en la sociedad española entre 1966 y 1995, tanto desde el punto de vista ideológico

como del organizativo ¹. Hay en esta investigación dos partes claramente diferenciadas: una dedicada a los orígenes del neonazismo español, centrado en los avatares de la agrupación «Círculo Español de Amigos de Europa» (CEDADE), y el otro a la aparición de nuevos grupos neofascistas o de derecha radical, como Nuevo Socialismo, Bases Autónomas, *skin-heads*, la Nueva Derecha, el «esoterismo» nazi, etc.

Al tratar los orígenes de CEDADE, el autor combate el mito de üDESSA: el neonazismo español no surgió de la financiación de esa supuesta organización internacional de excombatientes alemanes, sino de la confluencia de sectores del falangismo radical barcelonés y un reducido colectivo de exiliados europeos fascistas y neofascistas. Fundada en 1967, su base social provenía de la burguesía de ascendencia catalanista. Su ideología era una curiosa amalgama de paneuropeísmo, racismo y antisemitismo, que se intentó hacer compatible con un catolicismo de corte integrista; una admiración incondicional por la obra de Richard Wagner y, en el tiempo, la adopción de posturas «etnorregionalistas» y ecologistas. Los recursos económicos y humanos con los que contó fueron «más que modestos», aunque recibió cierta ayuda de la embajada de Arabia Saudí. CEDADE rechazó la violencia y la actividad directamente política, centrándose en labores de difusión cultural y en la organización de encuentros y congresos internacionales, como el de las Juventudes Europeas, finalmente prohibido por el régimen de Franco. Sus relaciones con la «extrema derecha tradicional», en particular con Fuerza Nueva, fueron malas. El grupo gozó de un período de auge en los primeros años de la «transición», para luego entrar en crisis, tanto por su escasa incidencia social como por sus propias disidencias internas entre «wagnerianos» y nietzscheanos, disolviéndose finalmente en 1993.

A continuación, Casals estudia los diversos grupos de extrema derecha surgidos al calor de la crisis del franquismo y del proceso de cambio político: el Partido Español Nacional-Socialista (PENS), activista, bajo la égida de los servicios de inteligencia militar; Nuevo Socialismo, centrado en el tema de la inmigración; el «anarcofascismo» de las Bases Autónomas; el fenómeno *skín-head*, como representación de la «lumpempolítica». En relación a la influencia de la Nueva

¹ CASALS, Xavier: *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skin-heads* (1966-1995), Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1995.

Derecha francesa de España, el autor señala su recepción por parte de algunos miembros de Alianza Popular, en particular Jorge Vestrynge, e incluso el propio Fraga; pero que contó con el rechazo del grueso del partido por su contenido anticristiano y secularizador. Su mensaje fue recogido luego por revistas como *El Martillo*, *Punto y Coma* y *Fundamentos*, sin lograr un influjo apreciable.

En sus conclusiones fundamentales, Casals intenta dar un diagnóstico del fracaso del conjunto de la extrema derecha española a lo largo del proceso de cambio político. En el caso de CEDADE, señala su «abstracción de la realidad española»: el nazismo carecía de raíces en el conjunto de nuestra sociedad. De otro lado, estaba la influencia de la extrema derecha tradicional -«anquilosada y anclada aún en referencias a la Guerra Civil»—, que impidió una mayor influencia de los sectores renovadores. Casals atribuye ese atraso histórico, común a la extrema derecha portuguesa, griega y española, a la existencia de dictaduras militares que bloquearon la modernización política y organizativa de ese sector político. En ese sentido, la extrema derecha moderna, «postindustrial», es inexistente, hoy por hoy, en España como fuerza política organizada. No obstante, el autor resalta la contribución de CEDADE y los demás grupos neofascistas a la modernización del discurso ideológico de la extrema derecha española, como lo demuestra su asunción de perspectivas secularizadoras y cientifista, su abandono del nacionalismo centralista, en pos de un «etnorregionalismo», etc. Igualmente, estos grupos reflejaron un cierto cambio en las bases sociales de la derecha radical. Con respecto al futuro de estas tendencias políticas, al autor se abstiene de hacer previsiones explícitas.

El fenómeno neofascista ha vuelto a suscitar el interés de los investigadores, y existen razones para ello. Fenómenos tales como la crisis de representatividad de las democracias liberales, el fin del socialismo «real», el nihilismo dulce propio de la posmodernidad, los éxitos electorales de Le Pen y Fini son hechos que incitan a la reflexión. Obras como la de Walter Laqueur sobre la extrema derecha rusa, de Manuel Florentín sobre la Europa «negra» o de José Luis Rodríguez sobre la extrema derecha española durante el proceso de transición hacia el régimen demoliberal son claro ejemplo de este interés y de las reflexiones que lleva consigo. A esta bibliografía hay que añadir, y en lugar eminente, el libro que comentamos.

Coincido con la mayoría de los planteamientos y de los juicios de Xavier Casal. En lo expositivo y en lo afirmativo podría suscribir la

mayor parte de las páginas de este volumen. La descripción que hace nuestro autor de los grupos neofascistas me parece, pues, fundamentalmente fiel. No obstante, hay discrepancias. En primer lugar, es lástima que Casals no haya utilizado con mayor profundidad y extensión datos de investigación sociológica acerca de la composición social de estos grupos. Por otra parte, no considero del todo probada su hipótesis, reiterada a lo largo del libro, del carácter más innovador y progresivo del neofascismo catalán en relación al madrileño. Este planteamiento es, por supuesto, digno de tenerse en cuenta; pero, a mi juicio, se encuentra todavía muy lejos de estar firmemente fundamentado.

En relación al tema del factor retardatorio de las dictaduras militares, y en particular del franquismo, en la configuración de una extrema derecha moderna, he de decir que me parece fundado; pero, al mismo tiempo, insuficiente. A mi juicio, el atraso histórico de la derecha radical y del fascismo español viene de lejos. La institucionalización de la cultura nacional —católica, muy influyente a lo largo del siglo XIX— por parte de la Dictadura primorriverista supuso, ya en los años veinte, un serio handicap para la concreción social y política de una derecha radical moderna y de un fascismo autónomo. La perspectiva católica fue la dominante en la configuración de la extrema derecha española —y aun de la propia derecha—, dotándola de esquemas de interpretación, de símbolos, mitos e imágenes. Lo cual incidió muy negativamente en la recepción de las corrientes más creativas del pensamiento europeo de esta tendencia. La tardía y, en el fondo, negativa acogida del pensamiento de Charles Maurras o del «decisionismo» de Carl Schmitt por el grueso de la derecha española, a causa de su carácter secular, son sólo dos episodios de este permanente retraso. En ese mismo sentido, basta leer los escritos de Ramiro Ledesma Ramos para tener una clara conciencia de las dificultades de aclimatación del fascismo en nuestro suelo. La propia ambigüedad y, en definitiva, el fracaso de Falange como proyecto fascista autónomo es la muestra más palpable de lo que sostengo. El desarrollo económico de los años sesenta y el Concilio Vaticano II provocaron una profunda crisis de identidad en el conjunto de la derecha española que apoyaba al régimen nacido de la guerra civil, que fue incapaz de superar mediante una reconversión de su discurso político. Esta crisis se ha prolongado hasta ahora mismo, y es lógico, porque grande es la inercia de los usos sociales: todos tardan en morir.

Nconazis en España, inteligentemente prologada por Enric Ucelay-Da Cal, es una obra sistemática, claramente escrita, erudita, montada sobre un impresionante acopio de datos. Además, el autor se ha esforzado en conseguir una difícil objetividad. Casals no ha mojado en ácido perclórico su pluma, y ello es de agradecer tratándose de un terna de fuerte carga polémica y de rabiosa actualidad, tratado, con mucha frecuencia, de forma sumaria y superficial, y donde las afirmaciones perentorias suelen sustituir al espíritu crítico y esconder la falta de ideas. El autor no regatea juicios adversos, pero tampoco cae en la diatriba, y juzga con una segura tabla de valores. Su independencia y valentía, su lucha contra no pocos estereotipos y lugares comunes, son encomiables. Por todo ello, y pese a los desacuerdos apuntados, esta monografía me parece una contribución esencial al conocimiento de un aspecto de nuestra más reciente historia. Su aportación es insoslayable. Entiendo que no sería lícito hoy opinar sobre la historia y los problemas de nuestra extrema derecha sin haber leído y meditado los capítulos de tan minucioso e incitante empeño historiográfico.

Pedro Carlos González Cuevas